



FOTOS: SUSANA GAVINA

Aunque el autor tenía un despacho en la casa principal –actualmente puede verse una recreación de su mesa de trabajo–, desde el que se disfrutaba de una maravillosa vista del jardín que cuidaba personalmente, las continuas visitas no le permitían concentrarse. De ahí que decidiera construir otra casita, más pequeña y pintada en un tenue azul cielo, en la que podía sumergirse por completo en la creación literaria. Allí escribió una de sus obras más representadas, *La gaviota*, que si bien fue un fracaso en su estreno, fue reconocida después tras su reposición por el Teatro de Arte de Moscú. En el exterior de la casa cuelga hoy una placa conmemorativa en la que se lee: «Mi casa, donde escribí *La gaviota*».

Festival de teatro

En la hacienda de Mélijovo Chéjov también escribió títulos como *Tío Vania* y el libro de ensayos *Un viaje a Sajalin*, además de numerosos relatos cortos, como «La sala número 6» y «Los campesinos», algunos de los cuales se incluyen en el cuarto y último tomo de los *Cuentos completos*, publicados por Páginas de Espuma, que abarca desde 1894 a 1903.

Uno de los más conocidos de esta última época es «La dama del perro», que Chéjov escribió en contraposición a la novela *Ana Karenina*, que vio la luz dos décadas antes y que León Tolstói escribió en su casa de campo, Yásnaia Poliana, donde también alumbró otra de sus grandes obras, *Guerre y paz*.

Chéjov, gravemente enfermo de tuberculosis, vendió su hacienda de Mélijovo en 1899 y se compró otra en Yalta (Crimia), donde el clima era más suave, aunque también pasaría temporadas en Francia y Alemania, donde murió en 1904. Más de un siglo después, Mélijovo no ha perdido la atmósfera de Chéjov y sigue siendo lugar de peregrinación para los amantes de su obra.

Desde 1982 acoge un festival de teatro que representa, en el porche de la casa principal, sus títulos más importantes. La cita, conocida como «la Primavera de Mélijovo», fue inaugurada con *La gaviota* y desde entonces han pasado por el encuentro numerosos textos del escritor. En 2014 se celebró de manera especial el 110 aniversario del estreno de *El jardín de los cerezos*, que contó también con la participación española del Teatro de Cámara Chéjov de Madrid.

Solzhenitsyn, verdad y mentira

«Ego» y «En el filo» son dos breves narraciones del escritor ruso recordadas por la editorial Página Indómita

DANIEL CAPÓ

Conviene volver, de vez en cuando, a Alexandr Solzhenitsyn (1918-2008). Su vida y su literatura testimonian –como figura ejemplar contra el terror– el rostro más noble del siglo XX. «La violencia –declaró al cineasta Sokurov– no se sostiene por sí sola, sino que se encuentra enlazada con la mentira. Al pronunciar la verdad, el auténtico rostro del mal aparece de forma nítida». En efecto, pero también cabría añadir que, en presencia de la verdad, el mal se reuelve de forma agresiva. Pienso en las palabras de un filósofo francés, Michel Henry, quien recogió así los brutales efectos de esta dinámica: «Lejos de reconocerse como mal bajo la luminaria de esta luz devastadora, el mal le echa la culpa a la luz. Es lo que sucede en el escándalo. El escándalo invierte la situación, no dejando ya que esta luz lo desenmascare, sino que lleva el mal a su límite, que ya no es simple mal, sino denuncia de la Verdad». Esa guerra abierta a lo largo de la Historia entre ambos principios ha constituido uno de los semilleros del arte verdadero.

**SOLZHENITSYN,
SEMIOLVIDADO
YA ENTRE
NOSOTROS.
HARIAMOS MAL
EN NO PRESTARLE
ATENCIÓN**

Diríamos que fue tal conciencia la que sostuvo la escritura de Solzhenitsyn primero en el Gulag y más tarde en el exilio, pues –como subraya John Lukacs– la tarea que se impuso en su obra fue, ante todo, «ser recto y reducir la falsedad». De hecho, al igual que el embajador George F. Kennan, Solzhenitsyn pensaba que el comunismo era una ideología extraña a los valores del pueblo ruso, definido culturalmente por el peso del zarismo y de la cristiandad ortodoxa, y que por ello sólo podía estar destinado al fracaso. En las dos breves narraciones que se acaban de publicar, Solzhenitsyn vuelve a reivindicar el papel de la escritura como un acto moral de la memoria. Se trata de los dos primeros tex-

tos que escribió tras la caída del comunismo. En *Ego* aparece un personaje singular, Ektov, que participó como cabecilla en uno de los levantamientos campesinos contra los bolcheviques a principios de la década de los veinte. Es la historia de una fidelidad y de una traición. Y es también la historia del peso del poder cuando cae como un martillo sobre la vida de las personas anónimas. En *El filo* constituye un interesante ejercicio de ficción memorialística, donde se pretende reescribir la biografía –sobre todo en lo que tiene de autojustificación– del mariscal Zhúkov, el gran héroe soviético de la II Guerra Mundial y uno de los genios militares del siglo XX.

Obediencia ciega

El ritmo resulta marcial, sin que se difumine en ningún momento ese peligroso filo sobre el abismo que le da título. La atmósfera del relato está impregnada por una mentira corrosiva que exige la obediencia ciega y que, a cambio, no garantiza ni un mínimo de lealtad. En lu-

gar de una ficción ideológica, Solzhenitsyn nos confronta, a través de la figura atormentada de Zhúkov con las sombras de un poder que desconfía de sus más fieles servidores, negándoles incluso el honor último de pronunciar su verdad.

Ya en la vejez y revestido con el ropaje de profeta, Solzhenitsyn reivindicó la firmeza de un mundo previo a la posverdad contemporánea. Sabía con los clásicos que sólo «el universo y el hombre expresan una belleza perfecta» y que, por tanto, el deber moral de un artista consiste en no emborronarla con caprichos o mequindades. Semiolvidado ya entre nosotros, nos invita a recordar que la gran literatura rusa constituye uno de los espacios privilegiados de la reflexión ética. Y haríamos mal en no prestarle atención.

Ego seguido de *En el filo* Alexandr Solzhenitsyn



Traductores:
M. Fernández
y M. Grande.
Página
Indómita,
2016. 160
págs. 16,90
euros